

¿De qué color son las personas de color?

Alain Atouba

Era el momento en que la noche daba paso al día y ya se había formado una larga cola frente a las instalaciones de la Oficina de Extranjería del distrito de Aluche, en Madrid, a la que seguía llegando gente. Todos esperaban su turno para realizar trámites administrativos. Esos hombres y mujeres, procedentes de varios países, formaban un panorama variopinto: siluetas enfundadas en abrigos. Sostenían carpetas con una mano y con la otra sujetaban el teléfono, al que se concentraban sus miradas cansadas.

Para Bubah, todo había empezado mucho antes de llegar a esa helada acera, en las semanas previas, cuando no paraba de actualizar una página web esperando que surgiera la oportunidad de conseguir una cita telemática que nunca llegaba. En el cibercafé al que había ido a buscar información le habían explicado en voz baja que, para concertar citas, tenía que recurrir a intermediarios. Le facilitaron un número de teléfono. Había pagado por él. Pagar por tener derecho a esperar.

Lo que pasó en su primera cita no fue más que el principio. Le pidieron documentos, más documentos y aún más documentos. Después hubo una segunda cita para tomarle las huellas dactilares. Otra mañana perdida, marcada por una espera interminable y la sensación constante de ser tolerado, pero no bienvenido. Finalmente, le programaron una tercera cita para recoger la tarjeta cuatro semanas después. Así que aún le quedaban cuatro semanas más antes de poder pasar página. Esperaba en silencio, dependiendo de un fragmento de plástico.

Un mes después, Bubah volvió a entrar en la comisaría con la sensación de agotamiento que se tiene al regresar a una tarea que se creía haber terminado. El edificio seguía siendo igual de lúgubre, la luz artificial igual de tenue y la espera igual de opresiva. Cuando lo llamaron, un agente examinó sus documentos con el máximo rigor, los selló y asintió con aprobación. Luego, con voz clara y casi burocrática, anunció a su compañero por el intercomunicador:

—El siguiente es un hombre negro que viene a recoger su permiso de residencia.

Bubah levantó la vista, perplejo. Recorrió la sala con la mirada en busca del hombre al que acababan de llamar. Al no ver que nadie se acercara, comprendió por fin que se referían a él.

En la ventanilla siguiente, la agente de policía lo saludó con una amplia sonrisa:

—¡Ah, eres tú, el chico de color!

Con una cortesía perfectamente medida, Bubah se acercó al mostrador, puso las manos sobre él y formuló su pregunta con voz tranquila y una sonrisa divertida en los labios:

—Según usted, ¿soy un chico azul, verde, morado o blanco?

La agente de policía, que había percibido el tono relajado de Bubah, soltó una carcajada, una risa franca y casi de alivio:

—Oh, lo siento, no lo tomes a mal. En España decimos «hombres de color». La gente piensa que decir «negro» es ofensivo.

Como si acabara de descubrir una verdad que su espejo le había ocultado durante todos esos años, Bubah asintió:

—Lo entiendo. Por lo tanto, la sociedad española debe ponerse de acuerdo de una vez por todas y responder: ¿de qué color son las personas de color?

La policía le entregó su tarjeta con una sonrisa de satisfacción.

Fuera, Bubah se examinó las manos a la luz del sol. Eran negras. Siempre lo habían sido. En todo el tiempo que llevaba en este cuerpo nunca las había visto de otro color. En este país, pensó, la gente no se refería a los negros como «negros». El color de su piel estaba rodeado de tantas precauciones verbales que terminaba por desaparecer entre las palabras. La gente prefería hablar de «personas de color». Al eludir constantemente la palabra, terminaban eludiendo a la persona misma.

En reformas

Alain Atouba

Patricia poseía una voz única que atraía la atención sin que nadie se diera cuenta. Era suave y tranquila, con una claridad casi natural, y parecía destinada a contar historias e informar con pausas controladas. Uno podía imaginársela en un estudio de radio compartiendo su voz y su talento con los oyentes o frente a una cámara atrayendo la atención de todos con su presencia escénica. Por teléfono, daba la impresión de estar plenamente presente, aunque fuera invisible, y de transmitir credibilidad al instante, como si ya se encontrara en el tenue ambiente de un estudio de grabación. Estaba destinada a los medios de comunicación; quizá eso formaba parte de su destino. Se hablaba de periodismo, de televisión, del micrófono tendido, con una naturalidad que lo convertía en algo casi evidente.

Sin embargo, «el corazón tiene razones que la razón no entiende». Tras las promesas de una carrera ya trazada, otra aspiración susurraba en su interior. En un giro inesperado, Patricia optó por un camino diferente al que todos creían que le estaba destinado. Contra todo pronóstico, decidió estudiar Literatura española e hispanoamericana en una universidad de Camerún. Este mundo de voces, textos y lenguas resulta menos impresionante y directo, pero mucho más íntimo e intenso. Nunca abandonará esa relación con las palabras. Más tarde, en España, seguirá por el mismo camino con la literatura española, como si ese traslado geográfico no fuera más que la continuación de un viaje interior previo.

Sin duda, fue esa voz la que persuadió a la dueña para que le propusiera una visita. Era una voz suave y serena que inspiraba confianza desde el primer momento. Por teléfono no revelaba nada más que su propia esencia, y no permitía adivinar ninguno de esos rasgos en los que algunas personas se basan para juzgar a alguien antes de conocerlo. La propietaria no sabía que se trataba de una mujer negra; solo oía una voz que se ajustaba a su idea de inquilina ideal. Patricia cumplía todos los requisitos del anuncio: era tranquila, seria y no fumaba. Así pues, le concertó una cita sin dudarlo. La dueña había sido amable durante la conversación telefónica. Le había descrito con entusiasmo un apartamento luminoso, tranquilo y en perfecto estado. Incluso insistió en que estaba disponible de inmediato y que, sin duda, se ajustaría a sus expectativas.

El día acordado, Patricia se dirigió a la dirección indicada. La propietaria, una mujer española, ya la estaba esperando en la acera. Mientras Patricia se acercaba, la sonrisa de la propietaria se desvaneció por un momento. Sus ojos se detuvieron una fracción de segundo más de lo habitual, como si algo no encajara con la imagen que se había hecho de ella por teléfono. Pero enseguida recuperó la compostura. Patricia se percató de ese ligero cambio. Conocía muy bien esos momentos en los que la mirada de la otra persona cambiaba de forma imperceptible. Antes de este encuentro, no era más que un expediente, una voz, una candidata entre otras. En un parpadeo, volvió a ser, a ojos de la española, una mujer negra. La dueña volvió a sonreír, aunque de forma un tanto forzada, como suelen hacer quienes intentan ocultar su asombro. Intercambiaron unas palabras de cortesía y luego subieron juntas al piso.

El apartamento era perfecto: estaba bien conservado, era luminoso y muy cómodo. Patricia se imaginó viviendo allí de inmediato. Por una vez, el anuncio se ajustaba perfectamente a la realidad, y esta simple constatación le brindó una sensación de paz. Así que, sin más, anunció que quería alquilarlo. Fue en ese preciso instante cuando algo cambió. La dueña dio un pequeño paso atrás, casi imperceptible. Mantuvo la sonrisa, pero esta parecía forzada. Con un gesto mecánico, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Luego miró al suelo y a las ventanas, como si estuviera buscando un pensamiento que se le escapaba.

—Acabo de recordar que hay que hacer reformas en el apartamento. Prefiero esperar antes de alquilarlo. No va a ser posible por el momento. Lo siento.

Su voz ya no sonaba igual. Las frases que pronunciaba como si se tratara de una letanía eran torpes y casi absurdas. «¿Unas reformas?», pensó Patricia. Acababan de recorrer un apartamento impecable. Nada, absolutamente nada, hacía prever la más mínima necesidad de reformas. Patricia no insistió. Conocía ese mecanismo. Su voz al teléfono había bastado para que ella misma existiera plenamente. Su presencia en el apartamento lo había puesto «en reformas».

Las maletas de Thierry

Alain Atouba

Thierry había aprendido a no considerar las fronteras como obstáculos, sino como simples etapas de un camino que se negaba a abandonar. Con una tenacidad extraordinaria, avanzaba a toda costa y se adaptaba a cada dificultad con una resiliencia casi instintiva. Sus compañeros de ruta admiraban su inquebrantable determinación y su asombrosa capacidad de superación. Había recorrido caminos polvorientos desde Camerún hasta España, pasado noches sin dormir, enfrentado la inmensidad del desierto, su calor sofocante y sus engañosos espejismos, y desafiado después un mar embravecido a bordo de una frágil patera. Cada obstáculo podría haberlo hecho rendirse y abandonar, pero solo servía para reforzar su determinación para seguir adelante.

Cuando por fin pisó suelo español, apenas tenía nada. Sin embargo, había sabido conservar lo esencial: una voluntad inquebrantable, una increíble capacidad de adaptación y una alegría de vivir a toda prueba. Poco a poco, año tras año, aprendió el idioma, encontró trabajo e hizo suyo este nuevo país, donde se ganó su lugar y pudo dejar atrás sus miedos y traumas. Para otros, el exilio habría supuesto una ruptura, pero para Thierry fue una oportunidad para aprender, transformarse, crecer como persona y desarrollar su potencial.

Poco a poco, se fue apoderando de él una pasión singular: la moda. Ocupaba sus pensamientos, estimulaba su imaginación y parecía acompañarle siempre. Los escaparates le atraían como promesas silenciosas. A veces, compraba ropa sin poder explicar qué le impulsaba a hacerlo, como si cada camisa cuidadosamente elegida o cada par de zapatos nuevos le ayudaran a recomponer una parte invisible de su historia personal. Quizá detrás de esas compras se escondía el mismo impulso que le había llevado a cruzar continentes: el obstinado deseo de reinventarse y seguir adelante sin importar las circunstancias.

Pero llegó un día en que su habitación ya no podía contener todo lo que había acumulado. Los armarios estaban llenos de ropa, los zapatos estaban alineados a lo largo de las paredes y hasta los sillones se habían convertido en depósitos provisionales. Al ver todo aquello, recordó los centros de acogida en los que había estado años atrás, cuando su

único equipaje era la esperanza de una vida mejor. Entonces llenó dos maletas grandes de ropa. Tuvo que intentarlo varias veces para cerrar las cremalleras, ya que estaban muy llenas. Después, las arrastró hasta uno de esos centros que antes conocía tan bien.

Mientras se esforzaba por mantener las maletas en pie en la recepción, una mujer levantó la vista y lo miró. Desvió la mirada de las asas que sostenía hacia su rostro, iluminándolo con una sonrisa genuina. Con una pizca de picardía en la voz, le dijo:

—¡Vaya, has venido con dos maletas! Pero no te preocupes, esta semana nos ha llegado un lote enorme de ropa. Podrás llenarlas y volver a casa con una tercera.

Se echó a reír, visiblemente encantada con su broma.

Thierry le respondió con una sonrisa tranquila:

—En realidad, no he venido a buscar nada. He venido a donar ropa al centro.

La risa se apagó de inmediato. La mujer, que se había quedado de piedra, parpadeó sorprendida. Su mirada, que había dejado de fijarse en las maletas para posarse en Thierry, parecía indicar que acababa de descubrir otra versión de la historia que ella misma se había inventado.

—Oh, perdón. Lo siento mucho. Supuse que...

Su frase quedó suspendida en el aire.

Thierry no sintió la necesidad ni las ganas de detenerse a pensar en el error de la mujer. Conocía muy bien los atajos que a veces toma la mente sin que uno se dé cuenta. No había percibido hostilidad ni desprecio en su actitud. Solo era una forma de pensar forjada a lo largo de los años por los rostros que veía desfilar cada día y las historias a las que se había acostumbrado. Con amabilidad, respondió a la mujer:

—No se preocupe. Son cosas que pasan.

La mujer esbozó una sonrisa de alivio y dijo:

—Bueno... En ese caso, gracias. De verdad.

Mientras dejaba las maletas, Thierry pensó que los prejuicios no siempre se manifestaban con la intención de hacer daño. También podían adoptar la forma de una evidencia silenciosa, de una conclusión apresurada o de una imagen que uno creía conocer sin

haberla observado nunca en realidad. La mujer se había equivocado. Pero también lo reconoció en cuanto se dio cuenta. Y eso marcaba la diferencia.

Sabores del País Vasco, más allá de las apariencias

Alain Atouba

Cuando Dalton dejó Road Town, su ciudad natal y capital de las Islas Vírgenes Británicas, para establecerse en España, no podía imaginar que el País Vasco lo cautivaría por completo. De hecho, se convirtió en uno de sus lugares favoritos. Desde su llegada, quedó fascinado por esta región situada entre los Pirineos y el mar Cantábrico. Entre montañas verdes y horizontes marítimos, descubrió una tierra de contrastes en la que tradición y modernidad conviven en armonía. Sus ciudades y pueblos reflejaban una fuerte identidad cultural forjada pacientemente a lo largo de los siglos y que se manifestaba en la arquitectura, las costumbres, las tradiciones y la forma de vida de sus habitantes.

Pero fue la gastronomía lo que realmente cautivó su corazón, incluso más que la belleza de los paisajes que se desplegaban ante sus ojos. El País Vasco es una tierra donde la gastronomía ocupa un lugar casi sagrado. En este lugar, donde se combinan marisco y productos de la montaña para ofrecer una experiencia culinaria única, la calidad y el sabor se unen para crear un maridaje perfecto que deleita los sentidos. Las recetas tradicionales que han dado fama a la región conviven con la creatividad culinaria que caracteriza a esta zona.

Una noche, ansioso por compartir su entusiasmo, invitó a su amigo español Gabriel a uno de los restaurantes más renombrados de Bilbao. El local era famoso por su cocina de fusión, que reinterpretaba las tradiciones vascas con elegancia y modernidad, y cautivaba a los comensales. La cena fue una sucesión de descubrimientos y nuevas experiencias. El *marmitako* con el que comenzó su exploración culinaria puso de manifiesto la opulencia de los sabores del mar Cantábrico y rindió un sutil homenaje al arte de las generaciones de pescadores vascos. A continuación, sirvieron una exquisita *porrusalda*, un guiso de puerros y patatas que evidencia la habilidad vasca para realzar incluso los ingredientes más sencillos. Es la prueba de que en el País Vasco se pueden crear obras culinarias exquisitas e impresionantes con pocos ingredientes. Para terminar, disfrutaron de una selección de postres tradicionales de la región que deleitaron sus paladares: cuajada de leche de oveja, *goxua* (con capas de crema y bizcocho) y pastel vasco.

El tiempo pasó sin que se dieran cuenta. Entre una comida y otra, conversaban sobre viajes, cultura y todos los aspectos que conferían un carácter tan singular a esta región, cuyos méritos Dalton no paraba de alabar. Cuando llegó la cuenta, la cogió con naturalidad y la pagó. Unos minutos después, la camarera regresó con el cambio. Sin vacilar, se lo entregó a Gabriel, cuya mirada iba del dinero a la camarera, manifestando su incompreensión. Esta le preguntó sonriendo:

—¿Todo ha ido bien?

—La cena ha estado estupenda, gracias. Pero, ¿está segura de que ha realizado el reembolso?

La camarera pareció sorprendida por la pregunta.

—Claro... Yo le di el dinero.

Gabriel esbozó una sonrisa irónica.

—Me refiero a la persona que pagó la cuenta, porque no saqué la cartera en toda la tarde.

Durante un momento, la camarera permaneció en silencio. Su mirada pasó de Gabriel a Dalton y después a la vuelta que Gabriel aún tenía en la mano. Ella lo comprendió enseguida.

—Oh... Lo siento.

Gabriel le entregó el dinero a Dalton.

—Eso es lo que le corresponde.

La camarera estaba claramente avergonzada por lo sucedido, lo que le hacía sonrojarse y desviar la mirada. Volvió a disculparse y se retiró discretamente. Los dos amigos se lanzaron una mirada cómplice y, como si nada hubiera sucedido, continuaron su conversación. Para Dalton, este incidente no fue más que un pequeño contratiempo en una noche que, por lo demás, resultó perfecta. Lo que más recordaría sería la riqueza de la cocina vasca, su increíble diversidad y su capacidad única para fusionar tradición e innovación en cada plato.

En el País Vasco, comer es mucho más que alimentarse, ya que es una forma de celebrar la tierra, el mar, la historia y la convivencia. Cada bocado *de marmitako*, *porrusalda*, cuajada, goxua o pastel vasco refleja esta identidad tan singular. Sin duda, el País Vasco

es una de las grandes regiones gastronómicas de Europa. Los habitantes de esta región tienen razón al desear «*On egin!*» a los comensales: ¡buen provecho!

El color de la humanidad

Alain Atouba

Alain dejó atrás las tierras rojizas de Camerún para llegar a España con las maletas llenas de sueños y determinación. Aunque dominaba bien el español que había estudiado en la universidad, su lenguaje seguía siendo académico, alejado del idioma que se habla a diario en las calles, los bares y los hogares. Había enviado solicitudes de admisión a las universidades de Navarra y Salamanca, como quien arroja botellas al mar, esperando que alguna le respondiera. Como si los siglos de literatura que habitaban en sus muros hubieran presagiado en él a un lector-escritor en ciernes, Salamanca fue la primera en responderle. Mientras tanto, había encontrado refugio en casa de César, en Pamplona.

César abrió su estudio de arquitectura en una época en la que España no paraba de construir. Luego estalló la burbuja inmobiliaria. En cuestión de meses, los proyectos se paralizaron, los encargos escaseaban y el futuro que él creía seguro se resquebrajó junto con el país. Su vida dio un vuelco y tuvo que replanteárselo todo. Como su apartamento era demasiado grande para él solo, decidió alquilar dos habitaciones. Mostró una actitud abierta, y recibió a Alain con curiosidad y serenidad, rasgos que reflejaban su carácter amable y atento. Nunca le hizo preguntas indiscretas que pudieran hacerle sentir incómodo.

Sus primeras conversaciones habían sido sencillas, hablando de Camerún, España, las ciudades, los idiomas y los estilos de vida. Luego pasaron a hablar de política, deporte y literatura. Nada fuera de lo común: se reunían en el salón y concentraban en él el universo que intentaban comprender durante sus largas charlas. Cuando Salamanca confirmó su admisión, Alain hizo las maletas.

El día de su partida, César se quedó un rato en silencio y luego le preguntó:

—¿Vas a volver a Camerún por Navidad?

Alain negó con la cabeza:

—Los billetes son muy caros. —No puedo.

César asintió lentamente y luego le sugirió con naturalidad:

—Ven a mi casa. No vas a pasar la Navidad solo, ¿no?

En Salamanca, Alain descubrió el invierno como quien descubre una lengua extranjera y capta toda su poesía sin siquiera hablarla. Sus días transcurrían entre clases, largas horas en bibliotecas y calles heladas de la ciudad. A pesar del frío, disfrutaba visitando los monumentos del rico patrimonio arquitectónico salmantino, en los que las viejas piedras parecían guardar, en un silencio solemne, la memoria de siglos de historia. Diciembre llegó sin avisar, como siempre, trayendo consigo la emoción de la temporada navideña y esa ilusión que la gente espera y vive con un entusiasmo casi infantil. Sus luces centelleantes y su espeso manto de nieve daban a las calles un aire mágico y onírico, y convertían la ciudad en un sueño invernal. Sin embargo, tras esa belleza deslumbrante se escondía un frío cortante, intenso y penetrante. No obstante, la silenciosa elegancia de los copos de nieve y su inmaculada blancura lo suavizaban. Así fue como llegó el momento de regresar a Pamplona para celebrar las fiestas de fin de año. César le había propuesto pasar la Nochebuena en casa de sus padres. Él mismo preparó una cesta navideña y la llenó con regalos envueltos con esmero. Los colocaba con gestos sencillos, casi ceremoniosos, con la intención de llevar alegría a sus seres queridos.

La casa de los padres de César era acogedora. Desde la terraza se percibía el meticuloso cuidado de alguien para quien el orden y la limpieza eran una obsesión. El ambiente festivo se propagaba desde el salón, donde se oían risas, voces alegres, el tintineo de las copas y melodías navideñas. El ambiente estaba impregnado del agradable aroma de los platos que se estaban preparando. La madre de César fue quien abrió la puerta cuando llegaron. Le dio un beso a su hijo, le hizo algunas preguntas rápidas y, a continuación, lanzó una discreta mirada a Alain. Sus ojos se detuvieron apenas un instante en él y en la cesta navideña que llevaba entre las manos, sin dirigirse a él. Después, siguió hablando con su hijo mientras le invitaba a entrar.

César la interrumpió:

—¿No vas a invitar a mi amigo? —preguntó en voz baja. Es Alain, un chico de Camerún. Estudia en Salamanca. Lo he invitado para que no esté solo en Navidad.

La madre de César acabó sonriendo, un poco incómoda, y dijo:

—Oh, perdona, pensé que era un repartidor de cestas navideñas.

Se instaló un silencio leve, pero persistente. Entonces, César puso una mano discreta sobre el hombro de Alain, como queriendo reconducirlo hacia el interior, hacia el calor.

—Entra, eres bienvenido —añadió la madre, apartándose.

Durante la velada, algo cambió, casi imperceptiblemente. Las etiquetas sociales cayeron en silencio. Poco a poco, las máscaras también se deslizaron, como cuando los actores se las quitan en sus camerinos al terminar la función. Solo quedaban rostros iluminados por la alegría vibrante de la celebración, manos dispuestas a servir, a brindar, a acoger, animadas por el entusiasmo del encuentro.

La madre de César, que había estado hablando animadamente con Alain durante la cena, se volvió hacia él con dulzura justo antes de que esta llegara a su fin:

—¿Te quedarás con nosotros para pasar todas las fiestas, verdad? Aquí estás como en familia, así que siéntete cómodo, porque eres bienvenido.

Antes de que pudiera responder, César se echó a reír a carcajadas:

—Oye, ¿sabías que su segundo nombre “Bienvenu” significa “bienvenido” en español?

—Sus padres hicieron bien en ponerle ese nombre. Ya ves, hijo mío, tu nombre te abre puertas.

Alain aceptó la invitación con mucho gusto. Unos minutos más tarde llegó el momento de repartir los regalos. Cuando César sacó su cesta de Navidad, todos se echaron a reír. El buen ambiente que se creó en ese momento se prolongó hasta el final de la velada. Alain sonreía. Fuera, el invierno seguía haciendo de las suyas. Pero en aquella casa, donde personas de diferentes orígenes se habían reunido para celebrar una fiesta que se conmemoraba en todo el mundo, cada uno lucía, al menos por una noche, el único color que no engaña: el de la humanidad, invisible para las miradas apresuradas, pero resplandeciente para quienes saben mirar con el corazón.